



La Rambla en 1830

AL ABRIGO DE LAS RAMBLAS

Por CARLOS SENTIS

Con medio distrito V arrasado y en reforma, las Ramblas de Barcelona, en su final, quedan como comidas de medio lado. Y si las Atarazanas se han higienizado y escombrado, no ha sido esto conseguido sin pérdida notoria para la Rambla y su esencia.

El Distrito V (parte de él: el Barrio Chino), se ha desplazado más hacia la Rambla que nunca. La ha tomado un poco al asalto. Y ha acabado de dar el tono plebeyo, proletarizado y pobre, como una triste estampa de nuestros días.

Y así, día a día, las Ramblas van perdiendo, definitivamente, aquel tono, entre señorial y burgués, con que había entrado en la literatura, y en el concepto vivo de todas las gentes del mundo, a lo largo del siglo XIX.

En el umbral de este invierno, la Rambla se protegerá bajo sus plátanos y los pájaros buscarán calor, como antaño, en las ramas vecinas de los faroles eléctricos.

¡Pero tendrán tan menos calor que los que se abrigan cerca del gas!...

A los pájaros del siglo XIX les lucía más el plumaje, y sin duda se sentían más confortados viendo bajo sus pies el charolado de los sombreros de copa y los amplios felpudos de los manguitos.

«Todo lo que no haya ocurrido antes del 1900 no me interesa», decía el poeta, que, sin embargo, era mucho menos exigente que Talleyrand, que ya en sus días dió más concreta acuñación al concepto de «cualquier tiempo pasado fué mejor». Talleyrand, es probable, conoció el primer gran cambio—de más a menos—de los que, después, la *progresiva* Humanidad ha sufrido, sumándonos a nosotros en el último tramo. «Los que no hayan conocido los días anteriores al 1789 no saben lo que es la dulzura de vivir», escribió Talleyrand poco antes de morir. Después se ha querido que el plazo llegase hasta el 1900.

Otros llegan en su concesión hasta el 1914. Y algunos, puestos a ser débiles, lo alargan hasta el 1939, que en nuestro país debe leerse 1936.

Con esa serie de fechas, que es un rebajar de tendero, se ve a las claras que quien no se aviene con el destino es porque no quiere. Pero, sin embargo, nosotros daremos toda una fórmula mucho más objetiva: nos pararemos sólo un instante de la Rambla barcelonesa, justamente en la mitad del siglo pasado.

En esta época, la Rambla era el plato fuerte de Barcelona. En el interés, se comía, prácticamente, a la ciudad. Y eso en pocos sitios se ve tan claro como en las cartas de dos viajeros que, de la Península, poco más que Barcelona pisaron: «George Sand» y «Stendhal.»

«George Sand» ve la Rambla después de una travesía costera de Port Vendres a Barcelona, camino de Mallorca, donde al flanco de Chopin tan gran escándalo había de dar al perturbar la calma de la isla.

«George Sand», como para impresionar a su imaginario Francisco, destinatario de la carta, le cuenta que han salido a pasear con buenos caballos andaluces para poder ganar por pies los muros de la Ciudadela en caso de mal encuentro. Mucho «teatro» hay en esta explicación, aunque por aquel 1838 hubiera ya mucha partida de caza humana y mucho caos en nuestra Patria.

Pero la instantánea de las Ramblas es reportada de mano maestra. «George Sand» juega al contraste y enmarca la placidez y el buen vivir de las Ramblas por dos sensaciones de guerra, de violencia, de muerte y hasta de misterio. Entre estas dos sensaciones, la Rambla flota etérea, frívola y mundana. Hela aquí:

«Una vez franqueadas las formidables e inmensas fortificaciones de Barcelona, no sé cuántas puertas, puentes levadizos,